



Boletín nº 9

“¿Qué quiere decir la herencia cristiana?”

Imaginémonos a Europa sin el cristianismo...

Queridos amigos,

Hagamos una pequeña experiencia mental: imaginémonos a Europa sin el cristianismo. ¿La reconoceríamos sin campanarios, sin cruces al borde de los caminos, sin las universidades y los hospitales?, ¿nos sentiríamos cómodos en nuestro continente sin los derechos del hombre, sin la solidaridad y la atención a los más débiles?

A pesar de esto, el cristianismo frecuentemente es como un resto, un recuerdo de tiempos pasados o bien incluso una huella cultural que se debe dejar atrás. Aunque es indispensable para comprender la historia del pensamiento, parece que mencionar a Dios o hablar de la herencia cristiana en la constitución europea es imposible.

En nuestros días, parece difícil declararse cristiano, nuestra confianza en nosotros mismos parece que se resquebraja. Sin embargo hay tantas cosas que nos deberían hacer sentirnos orgullosos y que nos dan el valor de pasar de los callejones sombríos a las plazas públicas para ganar a Europa para Cristo.

¡En el texto que sigue mas abajo de Guido Horst, encontramos suficientes razones!

No olvidemos: la oración diaria del Padre Nuestro por una Europa basada en los valores del cristianismo.

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

¿Qué quiere decir: la herencia cristiana?

Por Guido Horst

Cuando se piensa en el cristianismo, se piensa repetidamente en los testimonios en piedra de su historia: las basílicas paleocristianas de Roma, las catedrales románicas y góticas en Alemania (y España), pasando por las iglesias del Santo Sepulcro y de la Natividad en Tierra Santa. O también en el arte: a lo largo del mundo entero los museos albergan obras inspiradas por la larga tradición de la Iglesia y la fe de los artistas cristianos de las diferentes épocas. Uno no se puede imaginar la literatura, la filosofía y las ciencias del pensamiento sin las fuentes cristianas.



Pero las huellas del cristianismo no solo surcan los museos y bibliotecas, tocan profundamente numerosos aspectos de nuestra vida cotidiana. Todavía ahora contamos el tiempo a partir del nacimiento de Cristo, los nombres cristianos son evidentes, no se trabaja los días de las fiestas cristianas importantes, la “C” califica

a numerosos partidos... Pero esto no constituye más que la superficie. Por dondequiera que el cristianismo ha penetrado la cultura y la sociedad, ha creado una herencia, que incluso los regímenes ateos no han podido hacer desaparecer del todo: una humanización de la cultura que toca el corazón de la civilización.

Cuando hoy se habla de las premisas espirituales sobre las que reposa el estado moderno, pero que no puede garantizar, se habla de valores que debemos a la cultura judeo- cristiana. El concepto de persona, de la dignidad inalienable de todo ser humano, de la tolerancia con respecto a los que son de otra corriente de pensamiento o fe, fluye del mensaje cristiano. Cada persona, joven o mayor, fuerte o débil, es un hijo querido del Creador y por el que Dios mismo se ha hecho hombre para así salvarlo.

A través de los tiempos, el cristianismo ha traído una respuesta a la cuestión de saber quien es el hombre, de donde viene, a donde va, lo que quiere decir encontrar la salvación personal. Que el cristianismo haya de confrontarse con las alabanzas o la hostilidad, no tiene importancia. Es de esta manera que de los derechos y de los ritos de los clanes ha nacido una sociedad moderna, un matrimonio monógamo como comunidad entre iguales. Los derechos del padre no incluyen ya el derecho de vida o de muerte sobre los miembros de la familia, las muertes por honor y la esclavitud fueron considerados inaceptable y abolidos. Por dondequiera que el Evangelio se expande (considérese la India, el África, o las regiones pobres de América Latina), encontramos esta humanización de la cultura.

Así mismo la libertad de religión y la libertad de conciencia necesitan de una lucha y esta ha exigido frecuentemente su cupo de cuerpos y almas de cristianos comprometidos, como podemos ver en la resistencia animada por la fe cristiana contra el nazismo y el comunismo.

La pacífica unificación de Europa después de la 2ª Guerra Mundial estuvo basada en la voluntad clara de alcanzar una reconciliación con Alemania – y de rechazar el espíritu de venganza. La misma revolución de terciopelo en 1989, como por ejemplo en Polonia y en Checoslovaquia, estuvo basada sobre una imagen cristiana de la persona. Cuando Juan Pablo II visitó Polonia en 1979, preguntó a sus compatriotas: “¿que elegís vosotros: someteros a una fuerza totalitaria o el derecho intrínseco de vivir según el orden divino y humano en libertad y dignidad?” La respuesta – conocida en su forma política como Solidarnosc, no se hizo esperar.

La huella en Europa del Evangelio es mas fuertemente perceptible allí en donde se ayuda a los que sufren, a los débiles y a los discapacitados en contra de una visión social “utilitarista”. De la misma forma, el sufrimiento que la sociedad moderna no sabe como afrontar (es de todos conocida la agresividad del lobby pro-eutanasia) es mitigado por la solicitud propia de la tradición cristiana y en el seno de innumerables hospitales y recibe un nuevo sentido a la luz de la fe: el enfermo vuelve a encontrar de este modo una verdadera dignidad y una justificación de su existencia.

Con toda la razón podemos sentirnos orgullosos de nuestra herencia cristiana. Pero esto exige de nosotros también algo: debemos transmitirla de manera firme y ardiente a la próxima generación. Porque la tradición no es la ceniza sino la brasa escondida debajo de ella.

Guido Horst es corresponsal romano del periódico alemán de orientación cristiana “Tagespost”. Es historiador y autor de numerosas obras.

Lectura aconsejada:

CS Lewis, “L´Abolition de l´Homme”, ISBN 2884170243